

Loris Zanatta,

Perón y el mito de la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo (1943-1946),

Buenos Aires, Sudamericana, 1999, 452 páginas

La Iglesia ha adquirido carta de ciudadanía en la historia argentina. Ignorada por muchos años en las “narrativas maestras” del pasado nacional, fue “descubierta” como objeto de estudio por los historiadores de nuestro mundo académico en el contexto de la transición democrática de principios de la década de 1980. En la búsqueda de explicaciones de la traumática experiencia autoritaria de la que se salía, y en el contexto de un severo cuestionamiento al papel del episcopado en la experiencia autoritaria, se volvió de golpe evidente la precariedad del conocimiento disponible sobre las raíces de esta vinculación entre cúpulas eclesiásticas y militares –y la precariedad aún mayor del saber sobre los demás aspectos del mundo institucional y cultural del catolicismo–. Como una suerte de “gigante ausente” de la historia, la Iglesia había hasta entonces permanecido relativamente ajena al escrutinio de investigadores que no provenían de su propio universo cultural, como si su conocimiento fuese exclusivamente relevante en el estrecho horizonte de la historiografía católica, y sólo digno de ser pensado y discutido en dichos círculos (cuyas contribuciones eran, por lo demás, ampliamente ignoradas en los medios universitarios no confesionales). Por razones

diferentes, el tema tampoco atrajo la atención de investigadores extranjeros. Esta institución considerada conservadora y fuertemente alineada con Roma presentaba pocas aristas atractivas en el contexto de los estudios anglosajones, que en las últimas décadas estuvieron dominados por el interés en iglesias con manifiestas potencialidades de cambio social, como la brasileña o la nicaragüense. Hoy la Iglesia argentina y el catolicismo han logrado un lugar de legitimidad incuestionada en el campo histórico –ventaja de la que no gozan todas las áreas “emergentes” de nuestra disciplina–. Y podemos también afirmar que esta institución y el universo cultural asociado con ella son objetos históricos cuyas peculiaridades ya no son extrañas a los historiadores académicos.

No deja de ser interesante que uno de los representantes principales de este cambio sea un historiador italiano. Loris Zanatta se sitúa, en efecto, en el centro de este nuevo campo de estudios, y representa muchos de sus mejores atributos. No es el menos importante de ellos el haber relacionado el nuevo saber sobre la Iglesia con otros de los grandes temas de nuestra historia política contemporánea, como el poder militar o el peronismo. Su

primer libro (publicado en 1996 por la Universidad Nacional de Quilmes) analizaba las nutridas relaciones Iglesia-Ejército en la década de 1930. Y en el trabajo que nos ocupa, que es la continuación natural del anterior, la Iglesia es estudiada como un factor que se agrega, como invitado tardío, al (aparentemente inagotable) tema de los orígenes del peronismo. Otro rasgo de este trabajo –que ejemplifica brillantemente los avances metodológicos principales de las investigaciones de los últimos años– es la destreza con la que se navegan los múltiples canales del universo católico, y la precisión con la que el mundo eclesiástico es descrito. Las hipótesis de esta obra se apoyan en un agregado metódico de infinitas partículas de información, que en su conjunto resultan (a la manera del puntillismo) en una imagen global de la Iglesia que es coherente, pero a la vez cambiante y plena de tensiones. En otras palabras, una imagen que hace justicia a la enorme complejidad del mundo católico. También es característica de la generación a la que pertenece este libro la atención que Zanatta presta a los constantes cambios semánticos de la terminología política hallada en las fuentes eclesiásticas. Los numerosos pasajes sobre los sucesivos (o simultáneos) deslizamientos de significado de palabras como

“nacionalismo”, “democracia”, “identidad nacional” o “libertad” recuerdan hasta qué punto estudiar a la Iglesia es entender un lenguaje. Finalmente, este autor revela su pertenencia generacional en su interés por las décadas de 1930 y 1940, períodos que se han beneficiado de una proporción desmesurada de atención de los investigadores, acaso por encerrar la promesa de muchas respuestas a las preguntas iniciales de la década de 1980, que eran esencialmente políticas. (Esta tendencia está actualmente cediendo el paso a agendas de investigación cronológica y temáticamente mejor distribuidas.)

Perón y el mito de la nación católica narra la tumultuosa historia de la evolución de la Iglesia desde su momento de triunfo –cuando el mito identitario totalizante de la nación católica llega al poder de la mano de los militares de 1943– a la institución dividida y profundamente agitada, que inicia el período peronista, marcada por la experiencia insospechadamente difícil de tres años de identificación con el poder político. Lo esencial de esta historia no es del todo novedoso: la estrecha asociación de la Iglesia con el régimen *de facto* de Ramírez, y algunos de sus hitos principales –como la gestión de Martínez Zuviría en el ámbito educativo, recordada por la emblemática reintroducción de la enseñanza religiosa en las escuelas públicas– estaban muy instaladas en el sentido común de los historiadores, incluso antes del renacimiento académico de los estudios de la Iglesia. Es que la flagrante connivencia de la cruz y la

espada de 1943 siempre brindó material más que satisfactorio para confirmar las peores sospechas de autores que veían en la Iglesia y el militarismo algunas de las claves más nefastas de la debilidad de la democracia liberal en nuestra historia contemporánea. Pero nunca antes se había reconstruido tan cuidadosamente la cronología del mundo eclesiástico en los incensantes vaivenes que caracterizaron estos años clave. Además de agregar densidad a la información sobre aspectos ya conocidos de este período, como el educativo, el trabajo introduce muchos ingredientes novedosos. Por un lado, sirve para poner nombre y apellido a lo que hasta hace poco eran poco más que tenebrosas sombras de la conspiración: Wilkinson, Baldrich, Pithod, Gilbert, Olmedo, Anaya, Pistarini, Rau y muchos más aparecen recortados con nitidez, sus perfiles y destinos en esta experiencia precisamente diferenciados. Asimismo, la novedosa atención prestada a las provincias –en particular Mendoza, San Juan y Entre Ríos– contribuye a diversificar nuestra visión previa del régimen militar-clerical de 1943. Aunque sólo fuese por la enorme masa de información que aporta, este trabajo es una contribución esencial para enriquecer nuestro bagaje pre-existente sobre el momento en el que la Iglesia y el poder político estuvieron más identificados que nunca en nuestra historia contemporánea. Sin embargo, este libro tiene un propósito interpretativo que excede ampliamente su contribución empírica. La

reconstrucción del período 1943-1946 está matizada para concluir en una interpretación sobre los orígenes (ideológicos, no sociales) del peronismo que lo vinculan inexorablemente con el “mito de la nación católica” –unión particularmente evidente en el parentesco entre las propuestas sociales del peronismo y el “humus” de ideas del catolicismo social–. A esta altura de nuestro conocimiento, ésta no es una afirmación excesivamente polémica –todas las investigaciones recientes sobre las relaciones entre el peronismo y el mundo católico han coincidido en señalar las numerosas coincidencias programáticas entre ambos, así como el intenso movimiento de cuadros católicos que migraron hacia el peronismo en los años iniciales de esta experiencia–. Pero si cuesta imaginar historiadores que recusarían fundamentalmente esta imagen, es la contundencia del planteo de Zanatta lo que genera reparos con respecto al alcance que tenemos que atribuir a dicha filiación. Por un lado, porque existe el riesgo de que la lupa tan cerca del objeto “Iglesia/política” nos haga subestimar el peso relativo de otras fuerzas ideológicas en el nacimiento del peronismo. Aceptemos, entonces, la afirmación de que el peronismo es el hijo del “mito de la nación católica” a condición de que tal mito no reclame derechos excesivamente exclusivos de paternidad. Pero incluso dentro de la arena específica de la relación Iglesia-peronismo, tampoco parece ser obligado el tono de la conclusión que ofrece este libro. La razón es sencilla: la abrumadora

evidencia con respecto al aplauso católico a la obra social de Perón entre 1943 y 1946 contrasta con la pobreza de pruebas de simpatía en el sentido contrario, que no justifica la contundencia de afirmaciones como “Perón [...] no cesó un instante de manifestar, con la palabra y con los hechos, su deuda con la doctrina social de la Iglesia” (p. 149). En realidad, la imagen de Perón emerge esencialmente a través de la representación que de él se hicieron los diversos grupos católicos –imagen comparada, manipulada, cotejada, pero imagen al fin–. Y si bien recibimos evidencia convincente de que, como la mayoría de los militares de su época, Perón estaba imbuido de las ideas sociales del catolicismo, es menos claro que esto se tradujera necesariamente en una plena transferencia programática del “mito de la nación católica” (incluso en su encarnación populista) en el proyecto

peronista. El hecho de que ideas sociales que eran coincidentes con la agenda católica, o demostraciones electorales de fe religiosa, pudieran coexistir desde el principio con fuertes impulsos anticlericales –tanto en Perón mismo como en su coalición electoral– es uno de los datos esenciales de la vinculación original entre el peronismo y el catolicismo al que el persistente énfasis en la herencia ideológica católica no hace plena justicia. (Y es un dato que sugiere que el espectacular éxito político de este mito puede haber tenido una contrapartida no desdeñable en la consolidación de sentimientos antieclesiásticos.) Precisamente porque se trata de un universo político en el que la evocación del catolicismo es un lugar común, la presencia de dicha evocación puede tener significados menos comprometedores que en otros contextos. Algunos aspectos de esta relación –como el probado

desconocimiento de Perón con respecto a los códigos de la jerarquía eclesiástica, o incluso su mala predisposición hacia un episcopado que no le retaceaba apoyos– recuerdan que este líder era tan capaz de evocar las encíclicas como algunos temas clásicos del anticlericalismo popular. En otras palabras, todavía queda por probar que la herencia ideológica del “mito de la nación católica” proyectara hacia quienes asumían el poder una imagen de plena identificación eclesiástica con el proyecto político que se abría. Mientras tanto, parece apropiado recordar que esta Iglesia proveedora de ideas y cuadros eficaces era también vista desde el poder como una fuerza propensa a resistir los esfuerzos sociales del nuevo líder popular.

Lila Caimari
UdeSA / CONICET